

—Su hermana Melania, ¿no ha visto entrar en casa de la nodriza á otras personas?

—A nadie.

El barón respiró con satisfacción y Brichard le oyó murmurar entre dientes:

—Por fin.

El reloj dejó oír un solo golpe.

—La una y media—dijo Brichard—no quiero cansar inútilmente al señor barón. ¿Tiene usted algunas órdenes particulares que comunicarme?

—Nada, que averigüe usted lo más pronto posible el domicilio de esa joven.

—Dentro de algunos días será usted servido. Puede el señor barón estar tranquilo.

El banquero sacó de su pupitre dos billetes de mil francos y se los entregó al agente con el mismo desprecio con que un criado deja una moneda de cobre en la bandeja de un ciego.

—Tome usted, Brichard, por la noticia.

El polizante se inclinó hasta el suelo.

Sujetó prontamente los preciosos papeles y los deslizó en su bolsillo.

El agente se retiró saludando al banquero como los indios saludan á Vischnou ó Brahma.

—Gracias á Dios—murmuró el banquero—yo creía que no íbamos á concluir nunca. Este bribón de Brichard sirve para el caso.

XX

Desolación.

La huida de Benedetta había sumido á su hermana Marieta en el más profundo estupor.

Al encontrar el cuarto vacío y enterarse de la carta de la fugitiva se vió acometida por uno de esos dolores cuyas huellas no se borran nunca.

Era la primera vez que una catástrofe tan inmensa se abatía sobre aquella familia de gentes pacíficas, tan queridas de sus vecinos, y que se contentaban con tan poco.

El primer pensamiento de la joven fué salir en busca de su hermana, y traerla á casa por la fuerza.

En seguida pensó en avisar á la tía Julia, reconociendo la imposibilidad de reunirse con su hermana.

La fugitiva había debido tomar sus precauciones, y sin duda se encontraba ya lejos.

La tía Julia se quedó consternada.

Nunca había sufrido un disgusto semejante, un desquiciamiento tan completo de la modesta felicidad en la que vivían las dos huérfanas y la anciana señora.

¿Por qué la Providencia, en quien se confiaba con tanto abandono, la combatía ahora tan cruelmente?

En un momento, todos los amigos llegaron á la casa del capitán.

Barrousse, Rabastoul y el cura se encontraron reunidos, como por encanto.

Juan Dantenac, fiel á sus proyectos de la víspera, acudió á casa de las huérfanas en el momento en que deliberaban sobre el siniestro acontecimiento que había sorprendido á todo el mundo.

¡Benedetta había desaparecido!

Marieta no decía toda la verdad. No había leído la carta de su hermana más que á su tía Julia, y aun á ésta la había ocultado algunos párrafos.

Juan Dantenac recibió aquella tremenda impresión cuando menos lo esperaba.

El secreto de aquella marcha ó mejor dicho de aquella fuga, le parecía impenetrable.

Jamás le había acometido la menor duda á propósito de su futura. La enfermedad de la joven, su palidez, sus desfallecimientos, le inquietaban sin sospechar la causa.

Aun ahora que ella misma se acusaba al desaparecer tan repentinamente, no podía decidirse á acusarla.

—¡Ella! ¡La pobre Benedetta, tan pura tan modesta, tan buena para todos!

Hubiera creído que cometía un crimen al suponerla capaz tan solo de un mal pensamiento.

El herrero, el marmolista y el cura permanecían mudos de asombro.

¿Qué partido tomar? ¿qué hacer?

El tiempo era horrible.

A las diez de la mañana la nieve había alcanzado alturas enormes; los caminos estaban cambiados en ventisqueros; los trenes no circulaban.

Juan Dantenac se decidió de pronto y dijo á Marieta.

—Corro á Montrejeau. Allí al menos sabré lo que ha sido de ella y quizás podré alcanzarla.

Y partió ligero como un rayo.

Debía seguir un camino á lo largo del Garona y del camino de hierro.

Al pasar por la estación de Marignac penetró muy descompuesto.

Allí se encontró con el nuevo empleado de Tolosa.

—¿Ha visto usted esta mañana una joven?—preguntó el guía con voz temblorosa.

—¿Qué joven?—replicó el otro en tono chancero.

—Una de las Soubére.

—¿Cuál de las dos?

—La menor, Benedetta.

—¿Se ha marchado?

—Sí, y no sabemos por donde.

El empleado hubiera debido tener compasión de Juan Dantenac.

Ciertos dolores imponen respeto, ó por lo menos piedad.

Pero el hombre de la estación era uno de esos brutos que no se impresionan por nada.

—Un consejo, amigo mío—le dijo.—No

se incomode usted en buscarla. Lo que me extraña es que no se haya marchado antes, y á estas horas debe encontrarse muy lejos.

—¿Por dónde?

—Camino de Paris. Habrá ido á reunirse con algún buen mozo, de los que la daban conversación el verano pasado.

—¿Dice usted...?—preguntó Juan Dantenac apretando los puños.

—¡Uno de sus amantes, pardiez!

—¡Ah!

—A fé mía que todo el mundo estaba enterado, y únicamente usted es el que parecía estar ciego.

Juan Dantenac contempló al empleado durante diez segundos con unos ojos tan amenazadores, que el otro se puso en guardia.

El hombre de la estación era fuerte y robusto; pero el guía, más pequeño y mejor proporcionado, tenía músculos de acero.

De un formidable golpe en pleno pecho envió á su adversario rodando hasta la pared, y antes de que hubiera podido reponerse se lanzó á la calle y continuó su camino.

La carretera estaba cubierta por una espesa capa de nieve.

Todas las huellas habían desaparecido.

Nada podía verse á lo lejos á través de la densa niebla que rozaba el suelo.

En cada estación, en Salechan, en Lou-

res, el guía entró, recibiendo siempre la misma respuesta:

—No hemos visto nada.

Un terror indecible le acometía.

Se preguntaba si no sería mejor buscar á Benedetta en el fondo del Garona ó en algún precipicio, que no por aquel camino que la joven no hubiera podido seguir á causa de su debilidad.

Y se prometía que caso de descubrir su cadáver, se reuniría con ella para no separarse más.

A mediodía, después de una carrera insensata, en la que desplegó una extraordinaria energía para triunfar de los obstáculos que se le amontonaban, llegó por fin á Montrejeau.

Veinte veces había suplicado á la nieve que detuviera los trenes y cerrase el camino delante de su querida fugitiva.

¡Vana súplica!

La circulación se había detenido en efecto; pero el tren de la mañana estaba ya lejos.

Un factor complaciente le dió todas las noticias que deseaba.

Había habido muy pocos viajeros.

El empleado se había fijado, en efecto, en una joven que había llegado muy temprano.

—¿Cómo era?—preguntó Dantenac, vacilante.

—Llevaba la cabeza envuelta en una especie de mantilla negra.

—¿Rubia ó morena?

El empleado vaciló un instante.

—Rubia—contestó,—al menos por lo que yo he podido ver.

—¿Alta?

—De mediana estatura. Bonita, y más que nada muy triste.

—¿Con un paquete?

—Muy pequeño.

—¿Sola?

—Completamente.

El empleado señaló un banco á Juan Dantenac, en la sala de espera.

—Mire usted—dijo,—ahí ha estado más de una hora sin decir una palabra á nadie.

—¿Y ahora?

—Ahora—dijo,—si no se ha parado en el camino debe estar muy lejos. No me encargaría yo de alcanzarla. Debe estar muy cerca de Burdeos.

Juan Dantenac se dejó caer sobre el banco donde en efecto había estado su futura por la mañana, quebrantado por su larga carrera, medio muerto.

Allí permaneció breves momentos sin saber qué partido tomar, desanimado y lleno de confusiones.

Sin embargo una esperanza le sostenía: ¿Dónde se había refugiado la joven? El lo averiguaría y podría reunirse con ella. Era imposible que dejara de mandar noticias á sus amigos, á su hermana que tanto quería y con quien siempre había estado tan íntimamente unida, que parecían tener una sola alma y un solo pensamiento.

Volvió á tomar el camino de Marignac y encontró á los amigos de las Soubére reunidos en casa del capitán.

En pocas palabras contó lo que había averiguado.

Benedetta había tenido suficiente energía para llegar hasta Montrejeau, esto no se podía dudar.

—Pero ¿dónde había ido?

—¿Qué sería de ella?

Todo esto estaba sumido en el misterio. Por último se separaron.

El cura, Barrousse y Rabastoul, volvieron á sus casas sin pronunciar una palabra.

Estaban tristes, inquietos, humillados por aquel desastre que no habían podido preveer ni impedir.

Juan Dantenac estaba abatido, consternado.

Marieta trató de consolarle y de cumplir el encargo de su desgraciada hermana.

—Es preciso olvidar — le decía con los ojos anegados en lágrimas— así lo encarga; ya encontrarás otra mujer.

Y no tuvo valor para añadir:

—¡Que será más digna de ti!

—Juan Dantenac se encogió de hombros murmurando:

—¡Nunca podré querer á otra!

Y con un movimiento de cólera, exclamó:

—Aquí hay un misterio que no conocemos.... Yo lo encontraré... Estoy segu-

ro. ¡Es imposible que Benedetta sea culpable!

Marieta lo podía asegurar mejor que nadie.

¡Cómo hubiera podido dudar de la inocencia de su Benedetta, ella que conocía sus más íntimos persamientos!

Pero lo mismo que á la pobre niña, el pudor la tapaba la boca.

No se atrevía á hablar de aquel atentado que trastornaba su existencia, por miedo de provocar una sonrisa de incredulidad que no hubiera podido perdonar.

En suma, no podía hacer otra cosa que esperar.

Sin duda Benedetta escribiría.

Los días, las semanas y los meses pasaron.

Nada se supo.

Todas las mañanas, Juan Dantenac corría á Marignac con el corazón oprimido, y preguntaba á Marieta con la ansiedad pintada en el rostro:

—¿Sabes algo?

La pobre joven movía la cabeza negativamente.

En el mes de marzo el guía perdió la paciencia.

Fué á buscar á su tía, la que vivía retirada en Caubous.

Era una mañana tibia y apacible.

La nieve empezaba á fundirse en las montañas. Los rayos del sol iban cobrando calor y fuerza.

Se acercaba el momento en que iba á

resucitar aquella esplendida naturaleza, adormecida por los rigores del invierno.

Los arroyos engrosados por las nieves, inundaban las praderas, que bien pronto habían de cubrirse de una espesa capa de verdura.

La Montañesa estaba, como siempre, delgada, seca, huesuda y apergaminada.

Recibió á su sobrino con su cariño ardiente, pero que se expresaba de un modo brusco.

Le hizo sentar al lado de la gran chimenea, en la que arrojó un montón de ramas de pino, que se encendieron en seguida, detonando como lejana fusilería.

La aventura de la virgen de Marignac había tenido gran resonancia en el país.

La fugitiva tenía algunos partidarios; pero los que la acusaban eran más numerosos.

La anciana montañesa, á quien toda falta repugnaba, intransigente con ella misma y con las demás, inflexible en cuanto se trataba del honor, había tratado más de una vez de convencer á su sobrino para arrancarle aquella pasión, que juzgaba indigna y condenaba.

—Madre mía—empezó Dantenac,—vengo á despedirme de usted.

—¿Tú?

—No puedo estar más tiempo por aquí.

—¿Es que acaso no encuentras trabajo? ¿no tienes amigos?

—Con usted seré franco—contestó gravemente.

—¿Siempre esa desgraciada?

—Sí; quiero encontrarla; quiero saber. La Montañesa hizo un gesto de profundo disgusto.

—Estos jóvenes—murmuró—no saben lo que se hacen. Si esa muchacha ha desaparecido es porque tenía un peso enorme sobre su conciencia. Eso dicen, y eso creo.

—¡Tía, por favor!

—Llámame tu madre—respondió ella.—Te quiero tanto como si lo fuera, y puedo decírtelo todo. Ya sabes que es por tu bien. ¿Qué es lo que yo quisiera? Veros á todos contentos y felices. Los hombres viven treinta, cincuenta ó sesenta años; total, nada. No merece la pena tomarse tanto trabajo por hacer fortuna.

—Pero, madre, yo no busco á la fortuna, busco á Benedetta...

—El mundo es muy grande; y después, si la encuentras, ¿qué la dirás?

—¡Que la amo!

—¿Y si ella ama á otro?

—No puede ser.

—¿Y si se ha marchado para reunirse con él?

—Imposible.

—¿Y si ha tomado la huida para cubrir su vergüenza.

—Calumnia.

—Por último, ¿y si no es digna de ser la mujer de un hombre honrado?

—¿Lo cree usted?

La Montañesa vaciló un momento.

—Bueno, pues márchate ya que lo quieres; y que Dios te guarde. ¿Pero nos escribirás?

—Ya lo creo.

—¿Tienes dinero?

—Algunas economías. La temporada fué buena.

—¿De modo que estás decidido á marcharte?

—Sí, madre mía.

—Mejor harías en aprovecharte de la protección de tu hermano Pedro, quedarte en Luchón y casarte con una buena muchacha. Afortunadamente no faltan... ¡Todos tus amigos te dirán lo mismo que yo, pobre hijo!

En las palabras de la anciana había una inefable dulzura.

Juan bajó la cabeza y guardó silencio.

La Montañesa suspiró ruidosamente y añadió levantando los brazos al cielo:

—¡Gran Dios! ¡parece que están bajo el peso de alguna maldición! Después de todo quizás tengas razón en no emplear el dinero de tu hermano. ¡Sabe Dios de dónde vendrá! ¡No vaya á traerte la desgracia!

Y apoyando una mano en el hombro de su sobrino, le dijo:

—Dónde vas á ir, ¿á Burdeos quizá?

—Eso lo primero.

—¿Y después?

—A París.

—Que, ¿está allí?

—Así lo creo. En París es donde hay más facilidad para ocultarse.

—¿Y cómo vas á vivir?

—¡Tengo necesidad de tan poca cosa!...
Adios, madre...

—¿No te volveré á ver?

—Sí, cuando vuelva.

—¿Y si me he muerto?

—Usted no se morirá. Tiene usted que esperarnos. El tiempo pasa... otra época vendrá. Tengo la esperanza de que la felicidad nos aguarda, como la primavera que se acerca.

—¡Dios lo quiera!

Iba á marcharse cuando la anciana le detuvo.

—Espera—le dijo.

Se acercó á la chimenea, levantó una gruesa piedra blanca y poniéndose de rodillas se puso á separar la arena con las manos.

A los pocos instantes descubrió un pequeño cofrecillo de madera, y le abrió.

—Es el tesoro de los Dantenac—le dijo—no es mucho, pero te servirá para ayudarte en tus pesquisas.

Y separó las tres cuartas partes del dinero que contenía.

La suma apartada podría ser unos trescientos francos, que la anciana ofreció á su sobrino, diciéndole:

—Toma, esto es tuyo y de tus hermanos; á nosotros, aquí, nada nos hace falta.

—No, no quiero.

—Sí, tomalo; si lo rechazaras me causarías mucha pena... Y ahora, hijo mio, adios.

La voz de la Montañesa era temblorosa.

—Miguel es el más feliz de vosotros—dijo;—se ha casado con una buena muchacha y no tiene ambición. ¡Qué Dios te guíe, Juan!

Por fin se separaron.

La montañesa era poco expresiva, pero en aquella ocasión los ojos se llenaron de lágrimas. ¡Las únicas que aquella campesina medio salvaje había derramado en su larga existencia.

Desde la puerta de su escondido albergue, contemplaba la anciana al guía que á grandes saltos atravesaba las abruptas pendientes de Caubous para ganar el valle de Oueil.

El joven se volvía de cuando en cuando agitando su bastón en el que había puesto un pañuelo de cuadros que flotaba como una bandera.

Se detuvo por última vez, y con la punta de los dedos envió un beso á su anciana tía.

Ella le admiraba también, dibujado con su ceñido pantalón de paño negro, su chaqueta airosa, su gorro de veludillo, su faja roja y sus polainas ajustadas en las ágiles piernas.

De pronto desapareció en la revuelta de un sendero y se encontró en pleno valle á orillas del Nesle, que arrastraba sus aguas aumentadas por el deshielo produciendo un ruido ensordecedor.

Juan Dantenac tenía el corazón enfer-

mo, ulcerado, oprimido por un dolor horrible.

Amaba con delirio á su país, á Luchón, á sus montañas, á sus amigos.

Todos se afanaban en complacerle, todo le sonreía, y sin embargo, todo lo abandonaba por correr detrás de sus sueños.

Su sueño era Benedetta.

Podrían los demás acusarla, pero él la amaría constantemente.

A medio día llegó á casa de su hermano Miguel, á la posada de la Gamuza.

Allí le convidaron á almorzar.

Por el camino había hecho sus últimas reflexiones y se había tranquilizado.

Su cuñada Victoria le saludó, diciéndole:

—Gracias á Dios que parece que te has vuelto más razonable.

—Sí—replicó él,—ya estoy decidido; me marchó.

—¿Que te marchas?—dijo ella sofocada por la sorpresa.

—Sí, hoy mismo.

—¿Y tu casa?

—Ya me he arreglado con Bastida; seguirá con el negocio otro año y me esperará.

Victoria no salía de su asombro.

—Pero ¡gran Dios! ¿es posible?—exclamaba la joven.

Pero ni siquiera trató de convencerle, pues comprendía la inutilidad de sus esfuerzos.

Juan Dantenac lo hizo todo como lo había pensado.

Abrazó á su hermano y á su cuñada y se dirigió á Marignac para estrechar la mano de sus amigos.

—Como siempre, ¿nada?—dijo á Marieta.

—No, hoy hay noticias.

—¿Has tenido carta?

La joven se explicó.

La vispera había llegado una esquila á casa de Barrousse.

Estaba concebida en los siguientes términos:

«Soy muy desgraciada; pero no teman nada por mí.

»A todos abraza y á todos quiere

»BENEDETTA.»

¿De dónde venía?

El sobre llevaba el sello de París.

No había otras señas.

—París—murmuró Juan Dantenac;— allí está. Por ella voy, y yo os aseguro que la encontraré.

Juan se marchó en el primer tren que pasaba.

Marieta hubiera querido seguirle.

Pero ella ¿qué hubiera podido hacer?

Aquella carta prestó gran confianza á Juan Dantenac.

Ahora ya tenía dónde dirigirse.

París es una inmensidad; pero si la fe

mueve las montañas, el amor hace milagros.

Por la noche, en la posada de la Gamuza, Miguel y Victoria estaban completamente solos, sentados uno al lado del otro.

Victoria, preocupada y triste, compadecía al desgraciado que se aventuraba en lo desconocido con la esperanza de encontrar á la que tanto quería.

—El, que podía ser tan dichoso—decía Victoria,—y todo por una...

Miguel Dantenac la tapó la boca con la mano.

—Calla—le dijo,—¿por qué maltratar á esa desgraciada?

Pero no se atrevió á defenderla.

Aun sus mejores amigos dudaban de su inocencia.

¡Pobre Benedetta!

X XI

Las ideas del marqués de Caussédé

El marqués de Caussédé se paseaba á las diez de la mañana por el gabinete de su casa de la calle de Ecuries d'Artois.

El joven con un abrigo de entretiempo el sombrero puesto en disposición de salir, tenía entre las manos un pequeño retrato, que examinaba con atención.

Su rostro, siempre sonriente, expresaba entonces una profunda crueldad. En el

portalón del hotel se sintió ruido de herraduras.

Era el caballo de paseo del marqués.

Colocó la fotografía en un cajón de su mesa y pensó, amenazando con la mano á otro retrato, una obra maestra de Werts que adornaba la pared:

—¡Ah! mi amable Jacobo, ¿qué cuenta tenemos que arreglar!

Aquél retrato era el de Jacobo Mosés.

Huberto abrió la puerta y en seguida se encontró en la entrada del hotel.

Un antiguo criado, de cabellos grises, sostenía de la brida á un alazán de alzada media, ligero, nervioso; uno de esos caballos de Tarbes, que son prototipo de la resistencia y de la gracia.

El marqués examinó las riendas, la cincha, los estribos, como jinete experimentado y con soltura, se puso á caballo, al mismo tiempo que la gran puerta se abría delante de él.

Un momento después subía al trote la avenida de Friedland, cruzaba el arco de la Estrella y se encontraba en el bosque de Boulogne.

Entraba el marqués por la avenida de Longchamps y ponía su caballo al paso cuando una victoria tirada por dos admirables yeguas inglesas, vino á pasar casi á su lado.

El joven saludó sonriendo, mientras que á la orden de una señora que iba sola en el carruaje, el cochero la detuvo.

Aquella señora era Elena de Villedieu